LA ARTILLERÍA DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA Y SU CONSOLIDACIÓN[1]

Julio Cassaretto Bardales y Alberto Castro Villa
jcassaretto66@hotmail.com
Ejército del Perú

Antecedentes

Desde la aparición de la artillería pirobalística, cada ejército había desarrollado diferentes sistemas, modelos, peso de proyectiles y calibres de las piezas de artillería, complicando la instrucción, entrenamiento y, sobre todo, la logística, afectada por la gran variedad de calibres. Por ese motivo, en el siglo XVIII aparece la artillería de ordenanza en un intento de poner orden en la fundición de las piezas de artillería. En España, luego de algunos intentos plasmados a través de ordenanzas (1718 y 1728) y tratados de artillería, se puso en vigencia la Real Ordenanza de 1743, basada en el sistema propuesto en Francia en 1732 por el teniente general de artillería Jean-Florent La Valliére. Esta ordenanza limitaba los tipos y calibres de la artillería, pero disponía la fundición de piezas demasiado pesadas y con longitudes de las cañas muy largas, adecuadas para la llamada artillería de sitio o plaza, que dificultaba el traslado de estas piezas en campaña. El requerimiento de darle mayor movilidad a la artillería en el campo de batalla originó que en Francia el teniente general Jean-Baptista Gribeauval proponga un sistema más uniforme, con mayor movilidad, pero a la vez menos pesado sacrificando el alcance de las piezas. Esta revolución del arma fue seguida muy de cerca en España y es así que el entonces capitán de artillería Tomás de Morla (egresado de la primera promoción del Real Colegio de Artillería de Segovia), logró influenciar en la adopción del sistema de Gribeauval en la Real Ordenanza de 1783, conocida comúnmente como la nueva ordenanza

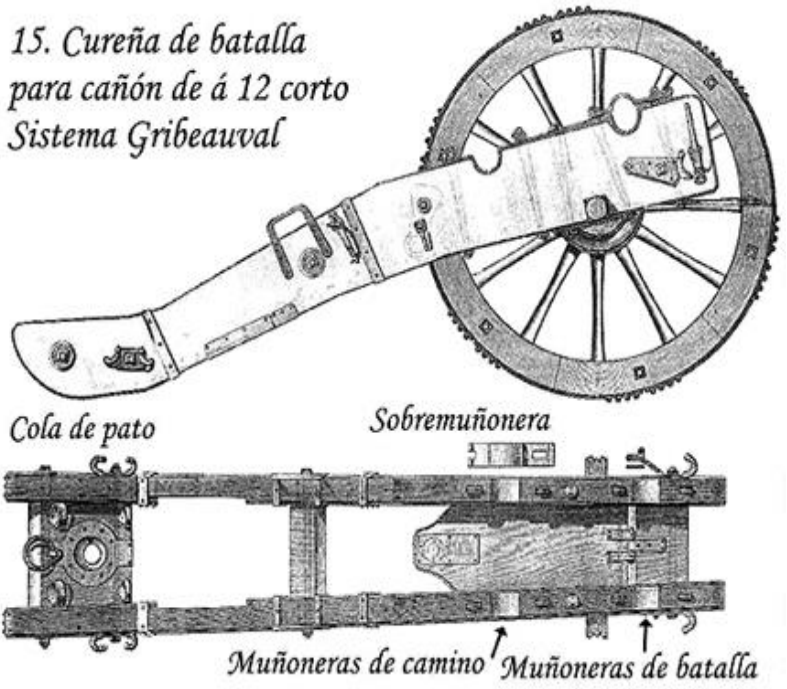
[1] El presente artículo forma parte del libro *200 años de la artillería peruana,* de los autores Julio Cassaretto Bardales y Alberto Castro Villa, por publicarse en diciembre del 2021.

para diferenciarla de la de 1743 que fue llamada antigua ordenanza (De Souza, 1993).

La nueva reglamentación redujo el número de calibres y tipos de piezas, los que fueron detallados en el trabajo de Historia de la artillería en España, del coronel De Souza y Francisco:

> Comprendía esta ordenanza las siguientes piezas: - Cañones de a 24 y de a 16 (únicos), para plaza y sitio, de a 12 (uno largo y otro corto), de a 8 (uno largo y otro corto), de a 4 (uno largo y otro corto) y uno de a 4 especial para montaña. Los cañones largos se empleaban para plaza y los cortos para batalla. - Obuses de 9 y de 7 pulgadas. - Morteros cónicos de 14, 12 y 7 pulgadas y cilíndricos de 14 y 10 pulgadas. Se llamaban cónicos o cilíndricos debido a que la forma de sus recámaras repercutía en la forma exterior. - Pedreros de a 19 pulgadas. Los morteros y pedreros se empleaban en asedios y en artillería naval.

Existía también un "morterete" de prueba de pólvora, cuya función era lanzar un proyectil de bronce a una distancia mínima con carga reglamentaria, en caso no se llegará a la distancia requerida, la pólvora era rechazada (Calvo, 2010). La ordenanza de 1783 introdujo algunas mejoras en las piezas, como una menor longitud de la caña, lo que significaba menor peso y mayor movilidad, se instalaron tornillos de puntería en altura, permitiendo eliminar las cuñas de madera que se utilizaban hasta ese momento para regular el ángulo de tiro de las piezas. En cuanto a las cureñas, se introdujo algunas mejoras como la "cola de pato" de las dos gualderas, que tenía por objeto disminuir el retroceso del arma. Todas las piezas del ejército de acuerdo a esta ordenanza deberían ser de bronce. Para la artillería de costa se empleaban piezas de hierro fundidas de 36 y 24 libras de marina. Aún se continuaba designando a los cañones en función al peso del proyectil solido que disparaban medido en libras y en el caso de los morteros, obuses y pedreros, la mención era en base al calibre del arma medido en pulgadas españolas (Calvo, 2010 citando a Ramón de Salas, 1826).



Grabado en el que se puede apreciar las cureñas "cola de pato" del sistema Gribeauval adoptadas en España por la ordenanza de 1783, se observa aun las dos pesadas gualderas de madera que la conformaban, inadecuadas para nuestro territorio. Imagen tomada del trabajo Historia de la artillería: evolución histórica de los materiales de artillería y sus municiones, del coronel del Ejército de España Antonio de Souza y Francisco.

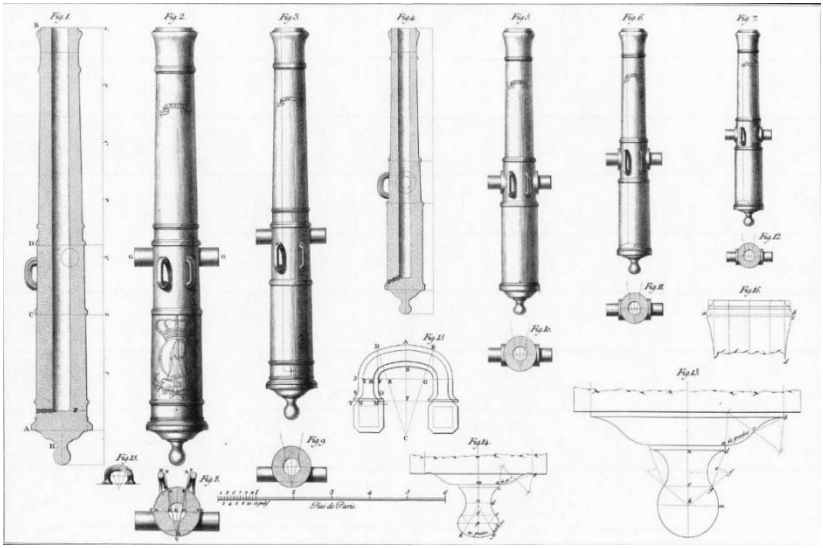


Lámina en la que se muestran los cinco cañones de la ordenanza de 1783 denominados de 24, 16, 12, 8 y 4 libras de peso de los proyectiles. Lamina del Tratado de Artillería que se enseña en el Real Colegio de Artillería de Segovia, del teniente General Tomás de Morla, tomo IV editado en 1803 en Madrid.

Un aspecto adicional era los altos y bajos relieves del arma, que quedaron limitados al escudo y nombre de la pieza, eliminando los artísticos decorados e inscripciones que individualizaban a cada una de ellas.

Desde la pacificación del Perú en el siglo XVI, la principal amenaza se centró en la posibilidad de ataques desde el mar (piratas, corsarios, expediciones británicas u holandesas). En base a ello, los diferentes virreyes determinaron la fundición de gran cantidad de cañones para la armada real y para las fortificaciones del Callao y otros puertos del Pacífico. Sin embargo, a fines del siglo XVIII, una nueva amenaza se cernía sobre el Virreinato del Perú, se había dado inicio a los movimientos emancipadores tanto al norte como al sur del subcontinente, lo que implicaba batallas terrestres al interior del territorio, para lo cual se requería de artillería que pudiera acompañar a

las tropas en los desiertos, cordilleras, desfiladeros, profundas quebradas y altiplanicies que se constituirían en el nuevo teatro de operaciones, requerimiento para lo cual no estaba preparada la artillería virreinal.

El Historiador argentino Julio Luqui-Lagleyze, en su obra Por el rey, la fe y la patria (2006), describe cuál era la situación de la artillería virreinal en el Perú a fines del siglo XVIII:

> En el Perú, el Real Cuerpo de Artillería estuvo formado desde fines del siglo XVIII (1790) por una sola compañía de 94 plazas, con 12 oficiales para emplearlos en los destacamentos del Virreinato. Tenía, además, una compañía en Chiloé. Existían compañías de milicias de artillería que suplían la escasez del Real Cuerpo en Lima, Cusco y Chiloé.

Al empezar el siglo XIX, la artillería de los reales ejércitos continuaba en un lamentable estado, con la compañía de artillería de campaña mencionada, acantonada en las celdas del Colegio de los Desamparados (Luqui-Lagleyze, 2006), equipada con 29 piezas de artillería, entre las cuales había 6 piezas de batalla de 4 libras, 18 de montaña de igual calibre y 5 piezas de entre 1 y 3 libras, con falta de instrucción y entrenamiento en el personal. Además, la inexistencia de arsenales obligó a que, al interior del Palacio de los Virreyes, en un ambiente denominado sala de armas, se almacenen fusiles nuevos y en uso (Álvarez y Thomas, 1860). Se contaba con una pequeña maestranza en el Callao con pocos operarios. Asimismo, la maquinaria de la fábrica de pólvora ubicada en Martinete se encontraba en muy mal estado, reflejándose en una pobre producción anual. Un caso más grave aún era que la gran cantidad de artillería de plaza (defensa de costa) montada en el Callao no tenía dotaciones de personal mínimas (Álvarez y Thomas, 1860).

El 13 de agosto de 1804, por real orden se creó en el Perú el departamento del Real Cuerpo de Artillería de Ultramar (Luqui-Lagleyze, 2006). Motivo por el cual, en 1805 arribó a Lima el recién ascendido brigadier Joaquín de la Pezuela y Sánchez Muñoz de Velasco, con el cargo de subinspector y comandante de la artillería de Lima, este oficial realizaría un gran cambio en esta arma. Casi en simultáneo, en 1806, asume el Virreinato del Perú el general Fernando de Abascal y Souza,

quien dio un gran apoyo a las reformas del arma de artillería iniciadas por Pezuela. Como primer acto se organizó una brigada compuesta por tres compañías a pie y una a caballo, con 403 plazas veteranas y 700 de milicias. Este incremento de efectivos generó el requerimiento de un nuevo cuartel para este cuerpo, iniciándose la construcción del emblemático cuartel Santa Catalina el 22 de agosto de 1806, dentro de sus instalaciones existía un pabellón de oficinas, un pabellón de oficiales, cuadras de tropa, almacenes, arsenales, maestranza, capilla y una nueva fundición de cañones que llegó a fundir más de 100 piezas de artillería de batalla y de plaza con sus cureñas, proyectiles y metralla ubicada en la parte posterior del mismo (Vargas, 1984). También se refaccionó la Escuela Práctica de Artillería, lo que permitió que la instrucción y el entrenamiento se realicen en forma regular y uniforme. Estas acciones fueron complementadas con la construcción de una nueva fábrica de pólvora, que contaba con maquinaria moderna y capacidad para producir hasta 20 quintales diarios (Álvarez, 1860), la que fue puesta en consignación a Sebastián de Ugarriza, quien traía el nitrato desde Tarapacá (Maldonado y Carcelén, 2013). Estas profundas reformas impuestas por Pezuela fueron coronadas con el éxito y recogió sus frutos a partir de 1813, cuando asumió el comando del Ejército Realista del Alto Perú, contando con 48 piezas de artillería de batalla y por primera vez en estas tierras, piezas de artillería de montaña, con las que enfrentó exitosamente a las fuerzas patriotas de las Provincias Unidas del Río de la Plata en las batallas de Vilcapugio y Viluma.

El ingeniero Jorge Grieve, en su libro Historia de la Artillería y de la Marina de Guerra en la contienda del 79 (1982), se refiere a la aparición de artillería de montaña en los siguientes términos:

> El historiador inglés Ian V. Hogg sugiere que, como resultado de la experiencia del ejército inglés en las guerras napoleónicas en España, los ingleses desarrollaron la artillería de montaña, es decir, piezas de artillería desmontable y transportable a lomo de mula. En realidad, el primer cañón liviano de montaña, de 4 libras, desarmable en sus componentes cañón, cureña, etc., fue concebido y desarrollado por el ingeniero militar turinense Ignazio Bertola, en 1745.

Muchas de las piezas de artillería fundidas tanto en Lima como en Bellavista durante la dominación española, fueron enviadas para reforzar las defensas de los diferentes puertos españoles del Pacífico, llegando incluso hasta el Virreinato de México y Manila en Filipinas. El doctor Ortiz Sotelo, capitán de fragata de la armada peruana, se percató durante su estancia como docente en la Academia Naval de Estados Unidos en Annapolis, de la presencia de cañones fundidos en Lima en diferentes épocas y por diferentes maestros fundidores, iniciando una investigación histórica para determinar ¿cómo es que cañones peruanos terminaron en los Estados Unidos?, logrando publicar un excelente artículo sobre el tema en la revista Derroteros de la Mar del Sur, que permite reconstruir el periplo de estos cañones desde Lima a Norteamérica y que resumiremos muy brevemente: En 1768 se establece el Departamento Naval de San Blas en el Virreinato de México, que fue creado para apoyar los presidios de San Diego, San Carlos de Monterrey, San Francisco y Santa Bárbara ubicados en California (parte del imperio español en ese tiempo) y la ensenada de Nutka (en el actual Canadá) de la posible infiltración rusa que tenía la intención de establecer colonias en el norte de América. Desde el Callao se enviaron tres navíos trasportando piezas de artillería en el lapso de 14 años, la fragata Favorita (1777), la fragata Nueva Galicia (1783) y la fragata Santa Gertrudis (1791), haciendo un total de 123 piezas de artillería entre cañones, culebrinas y pedreros de bronce y hierro. La mayoría de piezas permanecieron en San Blas y es probable que algunas fueran enviadas a los presidios. Una parte de estas se perdió en 1810 al inicio de la guerra de independencia mexicana cuando San Blas fue tomado por los independentistas. Para 1848, durante la guerra entre Estados Unidos y México, buques americanos capturaron algunos cañones en San Blas al igual que en otras localidades de California, trasladando algunas piezas a la costa este de los Estados Unidos. Preservándose hasta el día de hoy 14 cañones fundidos en el Virreinato del Perú en los siguientes lugares:

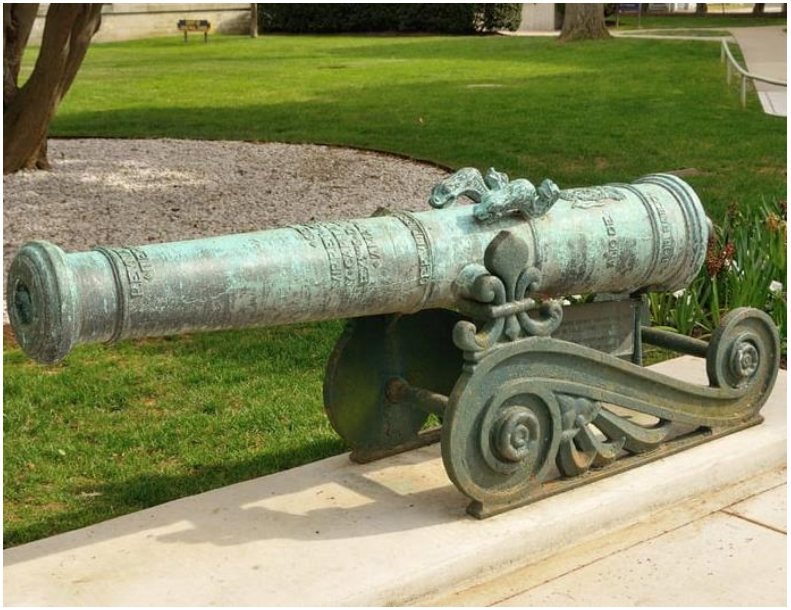
Academia Naval de los Estados Unidos de América (Annapolis, Maryland)

San Álvaro, fundido en 1763 por Sebastián Cubas.
Jesús, fundido en 1765 por el padre Andrés Meléndez.
San León, fundido en 1686 por el padre Meléndez.
San Damián, fundido en 1686 por el padre Meléndez.
San Joseph, fundido en 1687 por el padre Meléndez.

San Cayetano, fundido en 1686 por Cubas.
Uno sin nombre, fundido en 1765 por Pablo Torrens.
Arsenal Naval de Washington
San Bruno.

Presidio de San Francisco

San Francisco.
San Martín.
Santo Domingo.
Virgen de Valvanera.
Poder.
San Pedro.



Cañón de bronce sin nombre fundido por Pablo Torrens y Huerta en Lima en 1765, actualmente ubicado en Annapolis-USA, disparaba proyectiles de 18 libras, tiene 2,41 m de largo y un calibre de 108 mm (Ortiz, 2013). Foto obtenida de la página web https://www.yelp.com/biz_photos/united-states-naval-academy-annapolis.



Cañones fundidos en Lima por el maestro fundidor Juan de Espinoza durante el gobierno del virrey Amat, ubicadas en la plaza de armas de la ciudad chilena de Lebu. Foto obtenida de http://maps.nimbu.travel/biobio/atractivos-turisticos.

De igual manera, en Chile se conservan algunas piezas fundidas en Bellavista que fueron entregadas durante el Virreinato para reforzar las defensas de los puertos chilenos dependientes de Lima en ese entonces. Dos de ellas, llamadas Relámpago y Furioso, están ubicadas en el Palacio de La Moneda en Santiago, y otras dos, llamadas Marte y Rayo, se encuentran en la plaza de armas de Lebu al sur de la capital. Adicionalmente, una pieza de artillería de 24 libras llamada Trepidoso, fundida por el maestro Juan de Espinoza en 1775, que formó parte de la dotación de la fortaleza del Real Felipe del Callao y que se encontraba expuesta hasta 1881 en el Museo de Artillería del Ejército del Perú en el

fuerte Santa Catalina. Fue llevada a Chile producto del saqueo de dicho museo junto a otras armas de la colección que ahí se guardaba, durante la invasión chilena en la guerra del Guano y el Salitre.

El arma de artillería durante la época colonial jugó un papel sumamente importante en la defensa de las posiciones españolas en América y en especial en el Virreinato del Perú, donde se demostró una gran capacidad de producción de piezas de artillería de gran calidad y arte, así como la construcción de la fortaleza del Real Felipe, monumental obra de ingeniería militar que perdura hasta nuestros días. Con la independencia de nuestra patria serán los artilleros peruanos, los herederos de esta tradición, quienes asumirán el reto de engrandecer el arma y contribuir decididamente en la defensa de su soberanía, integridad territorial e independencia.



Cañón naval de bronce de 24 libras, expuesto en el Museo Naval del Perú en el Callao, se puede notar la ausencia de los bajos relieves, adornos y asas estilizadas que caracterizaba a las piezas de artillería hasta fines del siglo XVIII. Foto, los autores.

La Expedición Libertadora

Luego de los fracasos de las expediciones rioplatenses para liberar el Alto Perú del yugo español, el general José de San Martín se convenció de que la única manera de asegurar la independencia de su patria era vencer a las tropas realistas acantonadas en Chile y desde ahí lanzar una expedición anfibia sobre las costas del Virreinato del Perú para destruir el núcleo principal de fuerzas españolas de la región (Rins y Winter, 2002). A partir de 1816, se dedicó a organizar a las fuerzas argentinas y a las fuerzas patriotas chilenas del general Bernardo O'Higgins, sobrevivientes del desastre de Rancagua, para iniciar operaciones sobre Chile. Entre enero y febrero de 1817, con la autorización de la Dirección Suprema de las Provincias Unidas del Río de la Plata, cruza la cordillera de los Andes a través de diversos pasos y abras, concentrando a sus fuerzas en el poblado de Curimón en el valle de Aconcagua para enfrentar al brigadier realista Rafael Maroto en la batalla de Chacabuco, venciéndolo rotundamente. A continuación, ingresa a la ciudad de Santiago en donde una asamblea patriótica designa a O'Higgins como director supremo de Chile. Meses después, el general es vencido y herido por los realistas en la batalla de Cancha Rayada. San Martín reúne a las tropas dispersas y se enfrenta a las fuerzas del general español Mariano Osorio, venciéndolo en la decisiva batalla de Maipú el 5 de abril de 1818 en los llanos al oeste de Santiago, asegurando de esta manera la independencia de Chile (Barros, 1889).

Es a partir de 1818 que el Gobierno chileno inicia la organización de una expedición hacia el centro del Virreinato del Perú, creando una escuadra en base a algunas naves españolas capturadas y otras adquiridas en el Reino Unido de la Gran Bretaña; asimismo, se organiza a tropas rioplatenses y chilenas. De tal manera que, para mediados de 1820, la Expedición Libertadora al Perú se encontraba lista con el general José de San Martín como su comandante y el vicealmirante de origen británico Thomas Cochrane como comandante de la escuadra. Los patriotas zarparon de Valparaíso el 20 de agosto, con una flota compuesta por 8 buques de guerra y 17 transportes, llevando a 4400 hombres y 25 piezas de artillería (Dellepiane, 1977).

La escuadra fondeó en la bahía de Paracas, iniciando el desembarco de las tropas el 8 de septiembre, con un destacamento de las tres armas al mando del brigadier Las Heras, que lanzó un reconocimiento en dirección a Pisco ocupando la localidad en la noche. El coronel realista Químper, que operaba en la zona, se limitó a observar los movimientos patriotas e informar al virrey Pezuela, replegándose posteriormente hacia Ica. El grueso de las tropas patriotas continuó el desembarco hasta el día 11, ampliándose los reconocimientos hacia el norte (Chincha) y el este (Ica). Entre el 14 de septiembre y el 4 de octubre se acordó un armisticio con el virrey Pezuela, abriéndose negociaciones en Miraflores que fracasaron por las irreconciliables posiciones de cada bando. Retomando las operaciones militares, San Martín ordenó que el general Juan Antonio Álvarez de Arenales se interne en la sierra, con la finalidad de engañar a los realistas de las verdaderas intenciones de los patriotas y agitar el sentimiento libertario en la población peruana, para lo cual partió con dos batallones de infantería, medio escuadrón, un pelotón adicional y dos piezas de artillería, debiendo enfrentar en primer lugar a las fuerzas de Químper en Ica, las que batió persiguiendo sus remanentes hasta el pueblo de Nazca. Una vez libre su retaguardia de presencia realista, inició su internamiento en la sierra con dirección a Huamanga. El general San Martín, mientras tanto, reembarcó al Ejército Libertador entre el 24 y 28 de octubre, navegando hacia el Callao a donde arribó el 29, realizando fintas y demostraciones con la finalidad de amedrentar a las tropas del virrey y preparar a la población del puerto y de la capital ya que se requeriría su apoyo posteriormente. El 30 continuó sobre la bahía de Ancón al norte de Lima, desembarcando algunas unidades ligeras al mando del capitán francés al servicio patriota Pedro Benigno Raulet, quien se aproximó temerariamente a Lima, batiendo a elementos de caballería realista y capturando a un oficial y tropa enemiga.



Desembarco del general José de San Martín en Paracas, se puede apreciar en el extremo inferior izquierdo una pieza de artillería montada en su cureña y otra desmontada en tierra. Imagen tomada del libro Historia general del Ejército del Perú: Siglo XIX de la Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú (CPHEP).

Luego de reembarcar a sus fuerzas, el general San Martín continuó hacia el norte, desembarcando a todas las unidades en Huacho y ocupando una posición defensiva en la ribera norte del río Huaura. En respuesta a esta maniobra, el virrey ocupó con el Ejército Realista de Lima, una línea defensiva en la ribera sur del río Chillón, con su puesto de comando en la hacienda Aznapuquio (Carabayllo-Lima) al norte de la capital (Dellepiane, 1977).

El virrey ordenó que la vanguardia de su ejército, que ocupaba la zona del valle de Chancay al mando del activo general Jerónimo Valdez, quede constituida con el Batallón Numancia, un escuadrón de caballería y dos piezas de artillería. En tanto, San Martín había logrado entablar comunicaciones secretas con la oficialidad de este batallón, formado por tropas colombianas, teniendo el compromiso de deserción e incorporación a las tropas patriotas, para esto dispuso que el general Alvarado se adelante con la caballería hacia Huacho. El virrey había

dispuesto el repliegue de su vanguardia hacia Aznapuquio ordenando al general Valdez que se adelante con la caballería y sus piezas de artillería, dejando al Batallón Numancia en la cuesta de Pasamayo del lado de Huacho para que descanse durante el día y retome la marcha en la noche. El 3 de diciembre por la noche se produjo el motín y las tropas del batallón se embarcaron en Chancay para dirigirse a Huacho a incorporarse al Ejército Libertador, esto fue un golpe muy duro para el virrey Pezuela (Dellepiane, 1977).

Álvarez de Arenales realizó una excelente campaña en la sierra, batiendo sucesivamente a diferentes fuerzas realistas, capturando a oficiales, tropa y material en grandes cantidades, combatiendo con gran valor en la batalla de Cerro de Pasco el 6 de diciembre de 1820, logrando capturar al general español O'Reilly, para finalmente reincorporarse al grueso de las tropas patriotas en Huaura, descendiendo de los Andes por la quebrada del río Chancay (Dellepiane, 1977).

La indecisión que mostró el virrey en la conducción de las operaciones, provocó un amotinamiento de los generales españoles liderados por el teniente general La Serna (oficial más antiguo presente en Aznapuquio) que depuso a Pezuela el 29 de enero de 1821, asumiendo a partir de ese momento el cargo de virrey del Perú. Por su parte, San Martín, por recomendación de Lord Cochrane, ordenó que una fuerza patriota al mando de Miller realice una expedición al sur del Perú que culminó en la victoriosa batalla de Mirave el 22 de mayo de 1821, en donde se emplearon por primera vez en un combate terrestre en territorio peruano, los cohetes Congreve que causaron mucho temor y bajas entre los realistas (Dellepiane, 1877).

Entre el 4 de mayo y el 30 de junio se produjo un armisticio, el cual fracasó luego de varias reuniones de alto nivel en Punchauca, Miraflores y, finalmente, en la nave neutral Cleopatra fondeada en la bahía del Callao. Antes de que finalicen las negociaciones, el virrey decidió abandonar la ciudad de Lima para trasladarse a la sierra central del Perú, en donde pensaba reorganizar a sus fuerzas con miras a continuar las operaciones militares. Tan pronto fue abandonada Lima, los patriotas ingresaron a la ciudad y días después en reunión de cabildo se redactó el Acta de la Independencia, la que fue proclamada el 28 de julio de 1821 por el general San Martín en la Plaza Mayor de la ciudad,

en medio de gran algarabía y salvas de artillería, marcando a partir de ese momento, el inicio de la vida Republicana del Perú (Dellepiane, 1977).

Creación de la Legión Peruana de la Guardia y la Compañía (batería) Volante

Tan pronto como se proclamó la independencia, San Martín decidió crear los primeros cuerpos de tropas regulares que constituirían el inicio del Ejército Republicano del Perú. En agosto de 1821, mediante decreto protectoral se crea un destacamento[2] denominado Legión Peruana de la Guardia al mando del general José Bernardo de Torre Tagle. El decreto mencionaba lo siguiente (Oviedo, 1865):

El Protector de la Libertad del Perú

> Consultando la dignidad del Gobierno y el aumento de la fuerza física que debe sostener la Independencia del Perú, he dispuesto crear un cuerpo, cuyo eminente privilegio sea servir de modelo a los demás, por su valor en los combates, y por su disciplina en todas circunstancias. Por tanto, ordeno y establezco lo que sigue:
>
> 1. Se formará un cuerpo denominado Legión Peruana de la Guardia, compuesto por ahora de un batallón de infantería, dos escuadrones de caballería, y una compañía de artillería volante[3] de cien plazas.
>
> 2. El comandante en jefe de esta legión será el mariscal de campo marques de Torre-Tagle, inspector general de todas las guardias cívicas. (…..)

[2] Reunión de varias unidades de armas distintas.

[3] Se denominaba artillería volante o artillería a caballo, a aquella artillería que traslada sus bocas de fuego, cureñas, juegos de armas y municiones a lomo de mula, armones o limoneras y que sus sirvientes de pieza utilizaban caballos para desplazarse; se atribuye su creación a Federico II de Prusia en 1776. Sin embargo, un año antes, los españoles en el Virreinato del Río de la Plata ya la habían empleado (Roldán, 2010).

3. La compañía de artillería se compondrá de los veteranos de esta arma, que voluntariamente quisieran enlistarse en ella, cuyo capitán comandante se nombrará después (…)

Dado en Lima, a diez y ocho de agosto de 1821, año 2º de la libertad del Perú.

San Martín - Bernardo Monteagudo

El mando de la Compañía Volante fue asignado al capitán argentino José Arenales, quien inició la organización de la misma en base a 17 artilleros del Ejército Libertador del Perú, mientras se reclutaba a jóvenes peruanos para integrarse en ella. Para inicios de 1822, los efectivos de la artillería peruana se incrementaron organizándose una brigada[4] conformada por la compañía volante original y dos compañías a pie[5] adicionales, ratificando en el mando al recién ascendido sargento mayor Arenales (Álvarez y Thomas, 1860). De la misma forma, se designó como primer comandante general del arma[6] al coronel Rafael Jimena, natural de Guayaquil.

El material con el que fue equipado el joven cuerpo de artillería del Perú, fue heredado casi exclusivamente de las piezas empleadas por las fuerzas españolas en el Virreinato, vale decir, cañones de 4 libras de batalla, cañones de 4 libras y 3 libras de montaña, licornes[7] de 4 libras y culebrinas de 3 libras, todas de anima lisa con las antiguas cureñas tipo

4 Durante el siglo XIX, la artillería peruana heredó la organización y doctrina del ejército español, denominándose en la artillería el término "brigada» a la unidad operativa de más alto nivel en esa arma.

5 Se denominaba compañías de artillería a pie a aquellas que transportaban sus piezas de artillería, juegos de armas y munición a lomo de mula, mientras que el personal de sirvientes de pieza se desplazaba a pie conduciendo el ganado (mulas).

6 Durante la mayor parte del siglo XIX, el cuerpo de artillería fue independiente del comando del inspector general del ejército, teniendo un inspector y comandante general del arma que dependía directamente del ministro de Guerra y Marina, asignando unidades al ejército en campaña a su solicitud.

7 Obuses rusos o cañones de menor longitud y refuerzos que los correspondientes a su calibre, destinados a tirar granadas y metralla (Roldán, 2010), en el Perú se les denominaba "licornes» a los obuses de 4 libras.

"cola de pato" de la ordenanza española de artillería de 1783, con pesadas gualderas y grandes ruedas que complicaban el transporte a lomo de mula, requiriéndose hasta cinco mulas para un cañón de montaña y recambios constantes del ganado por agotamiento (Álvarez y Thomas, 1860). Lastimosamente, no pudieron ser preservadas piezas de la época, pero gracias al libro del teniente coronel Mariano Delgado de la Flor, Apuntes sobre artillería (1860), se puede transcribir las características de las principales piezas de artillería de montaña empleadas por la artillería peruana al inicio de la vida Republicana del país:

Cañón de montaña de bronce de cuatro libras.

Calibre:	87 mm
Longitud del cañón:	80 cm
Longitud del ánima:	73 cm
Peso del cañón:	75 kg
Peso de la bala rasa:	4 lb

Cañón de montaña de bronce de tres libras[8]

Calibre:	71 mm
Longitud del cañón:	101 cm
Longitud del ánima:	98 cm
Peso del cañón:	86 kg
Peso de la bala rasa:	3 lb

Obús de montaña de bronce de cuatro libras (licorne)

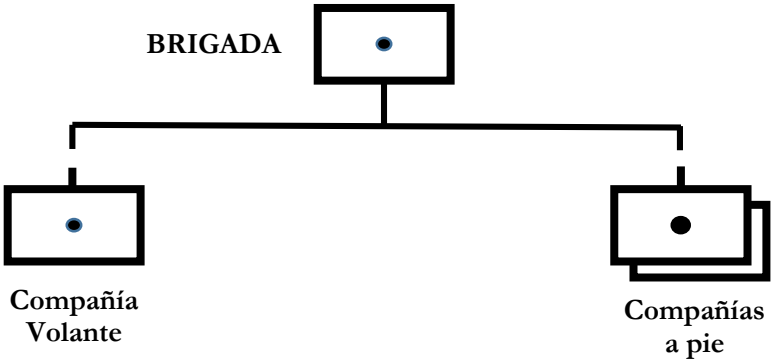
Calibre:	96 mm
Longitud del obús:	98 cm
Longitud del ánima:	86 cm
Peso del obús:	90 kg
Peso de la granada:	4 lb

[8] Existe un cañón de 3 libras preservado en el Museo del Ejército en la fortaleza del *Real Felipe*, pero fue modificado en 1884 a retrocarga cortándole la culata, el mencionado cañón no se concluyó faltándole el rayado del ánima.

En cuanto a la parte doctrinaria: las ordenanzas, en donde se plasmaba el empleo táctico, el servicio en guarnición, el servicio interior y la organización del arma, no sufrieron variaciones a la doctrina española, la que siguió vigente hasta la llegada de la Misión Militar Francesa en 1896, que permitió tener nuestros primeros reglamentos y manuales editados por la institución. Por lo tanto, durante casi todo el siglo XIX, la artillería del Perú se organizó a la usanza española, de la siguiente manera:

- Artillería de campaña, compuesta por:
  - La artillería de batalla o rodada[9] (en armones)
  - La artillería de montaña o a lomo (en bastes)
- Artillería de plaza: equivalente a la artillería de defensa de costa con piezas de gran calibre.

Organigrama de la Brigada de Artillería en 1823



[9] Se denomina artillería de batalla o rodada, a aquella en que la pieza por su volumen y peso no puede ser desmontada en partes y transportada a lomo de mula, motivo por el cual la cureña de la pieza se enganchaba a un avantrén formando un carro de cuatro ruedas (Armón) halado normalmente por caballos, el avantrén tenía una o dos cajas de munición sobre las cuales se sentaban dos artilleros.

Operaciones entre 1822-1823

Ante el retiro del país del libertador José de San Martín en septiembre de 1822, el Congreso del Perú tuvo que designar una Junta de Gobierno para que cumpliera las funciones del Poder Ejecutivo. Dicha junta estaba compuesta por tres miembros, uno de ellos con el cargo de presidente de la junta, que fue asumido por el mariscal de campo José de La Mar. Ante la imperiosa necesidad de reemprender las operaciones militares contra las fuerzas realistas, se recurrió al plan estratégico diseñado por el general San Martín, que consideraba atacar a las tropas del virrey desde tres direcciones de aproximación estratégicas: la primera, desde las Provincias Unidas del Río de la Plata sobre el Alto Perú (actual Bolivia); la segunda, desde Lima hacia la sierra central; y la tercera dirección en la cual se conduciría el esfuerzo principal, que visaba un desembarco en la zona sur del Perú. "Una vez que tocara tierra en puertos intermedios debía internarse con la mayor rapidez, para introducirse en cuña entre los gruesos realistas y maniobrarlos por líneas interiores" (Dellepiane, 1977). Esta maniobra requería de sincronización en el tiempo y gran cantidad de medios humanos y materiales. Para poder llevar adelante este plan se realizaron las gestiones ante el Gobierno rioplatense, encontrándose una buena predisposición, pero por problemas internos no se permitió el apoyo requerido; por su parte, la división colombiana enviada por Bolívar se negó a participar argumentando una serie de pretextos. A pesar de estos inconvenientes, la Junta de Gobierno ordenó iniciar las operaciones.

Las principales fuerzas patriotas recibieron el nombre de Ejército del Sur al mando del general Rudecindo Alvarado y se embarcaron en el puerto del Callao el 17 de octubre de 1822, con 3857 hombres de las tres armas y 10 piezas de artillería de montaña, quedando en Lima, en organización, el Ejército de Observación, que al mando del general Álvarez de Arenales debía operar sobre la sierra central (Miller, 1829). El convoy navegó hacia Iquique en donde dejó algunos elementos y de ahí siguió rumbo al norte hacia Arica donde desembarcó al grueso de la fuerza. Enterado el virrey en el Cusco de la partida de los patriotas hacia el sur, dispuso que algunas unidades de las fuerzas que comandaba el mariscal José de Canterac en el centro del Perú se desplacen hacia Moquegua siguiendo la ruta de Cusco y Puno para reforzar al general realista Valdez, que con sus tropas era el encargado de custodiar la costa

sur del Perú. Canterac se desplazó comandando personalmente las unidades sin la autorización del virrey, quien viendo que los patriotas tenían diversos problemas con la organización de las fuerzas de Arenales, aprobó finalmente esta acción. En Arica, Alvarado demoró inexplicablemente casi tres semanas antes de iniciar su desplazamiento a Tacna, en donde su vanguardia tomó contacto con las fuerzas adelantadas de Valdez, que hábilmente realizó una maniobra retardatriz hasta la localidad de Torata en Moquegua, retardando el máximo posible a las fuerzas patriotas, dando tiempo a la llegada de los refuerzos que ya venían en camino desde Puno.

En la mañana del 19 de enero de 1823, las tropas de Alvarado llegaron a Yacango a medio camino entre Moquegua y Torata y se lanzaron inmediatamente al ataque. Valdez hacía retroceder lentamente a sus batallones aferrándose al terreno, pero al mediodía una información sobre tropas patriotas que se encontrarían a su retaguardia, hizo que ordene un repliegue rápido pero ordenado hacia Torata, en donde constatando que había sido una falsa alarma decidió ocupar una posición defensiva al noreste del pueblo en la dirección por la que llegarían los refuerzos de Puno, que ya habían adelantado algunos exploradores comunicando la llegada de la vanguardia de Canterac para las últimas horas de la tarde. Alvarado creyó que se iniciaba el desbande realista y continuó su acción ofensiva, tratando de desbordar reiteradamente el ala derecha de Valdez mientras fijaba al grueso a lo largo de todo el frente. El ímpetu de los patriotas y los fuegos de su artillería hábilmente dirigidas ocasionaron que las tropas de Valdez empezaran a ceder peligrosamente el terreno, cuando a las 17:00 horas, lastimosamente entraba en el campo de batalla el general Canterac con unidades de caballería de su vanguardia, permitiendo a los realistas lanzar un potente contrataque que detuvo el avance y obligó a emprender la retirada de los patriotas que solo pudo ser contenida por los toques de corneta ordenados por Alvarado para reunir a sus fuerzas. La caída de la noche y el agotamiento de los realistas evitó la persecución.

El general Alvarado dispuso el repliegue inmediato a marcha forzada hacia Moquegua, llegando a primeras horas del día 20 para vivaquear entre el cementerio de la ciudad y el distrito vecino de Samegua en la orilla sur del río Tumilaca, intentando reorganizar a las fuerzas que pudo salvar de la batalla de Torata. Alvarado, a pesar de saber que las

fuerzas victoriosas de Valdez habían completado su reunión con las de Canterac, no tomó ninguna decisión en todo ese día.

Al amanecer del 21, las fuerzas patriotas fueron sorprendidas por el Ejército realista que se presentó sobre la orilla norte del río en la pampa de Tombolombo al pie del cerro Los Ángeles. Los fuegos de la artillería patriota permitieron que las fuerzas de infantería se desplegaran inmediatamente en línea frente a los realistas separándolos solamente el reducido caudal de agua del río (Iglesias, 1930), cubriendo el acceso a los vados con los fuegos de las piezas de artillería que se lograron salvar de la batalla de Torata. Desde las alturas de la margen norte del río, Canterac luego de hacer un reconocimiento visual del campo de batalla, se percató que la derecha del dispositivo peruano estaba sobreextendido y poco protegido, planeando fijar al grueso con un ataque frontal y desbordar el flanco derecho de los patriotas con tropas al mando del general Valdez. Las operaciones se desarrollaron según lo planeado por Canterac, el general Valdez logró cruzar el río aguas arriba y desbordar por el flanco derecho, mientras el brigadier Juan Monet que comandaba el ataque frontal realista sufría duras pérdidas por acción de la artillería patriota que batía a las columnas enemigas que intentaban cruzar el río. Alvarado intentó detener el desbordamiento de Valdez, pero no pudo, una vez que los realistas cayeron en el flanco patriota la línea defensiva se desmoronó, iniciándose una desbandada general con dirección a Ilo, donde solo se pudieron reembarcar 500 soldados patriotas, perdiéndose la totalidad de las piezas de artillería y el parque general. Las derrotas en las batallas de Torata y Moquegua marcaron el fin de esta primera campaña a puertos intermedios, que fue pésimamente conducida por el general Alvarado, pero que adicionalmente careció del apoyo concurrente de las otras dos fuerzas requeridas para fijar a las tropas realistas en el territorio que ocupaban, permitiendo el refuerzo a Valdez (Dellepiane, 1977).

Las noticias del rotundo fracaso de la expedición al sur llegaron a Lima a inicios de febrero, provocando un profundo malestar que derivaría en el primer golpe de Estado de nuestra historia, conocido como el motín de Balconcillo. El Congreso dispuso el fin de funciones de la Junta de Gobierno y eligió al coronel de milicias José de la Riva Agüero como el primer presidente de la Republica de nuestro país, ascendiéndolo a los pocos días al grado de gran mariscal del Perú (Dellepiane, 1977). El nuevo gobernante desplegó gran actividad en

recomponer al Ejército para iniciar una nueva campaña al sur. Logró armar e instruir aproximadamente a 5100 hombres, exclusivamente de unidades peruanas, al mando del flamante general de división Andrés de Santa Cruz, teniendo como jefe de Estado Mayor al también recientemente ascendido general de brigada Agustín Gamarra. Entre el 14 y 25 de mayo de 1823 partieron las naves trasladando a la fuerza expedicionaria al sur, entre ellas se embarcó la Compañía Volante de la Brigada de Artillería del Perú, con ocho piezas de artillería de montaña al mando del teniente coronel N. Morla (Hidalgo, Medina, Sánchez y Gálvez, 2005). El almirante Guise, comandante de la escuadra peruana, adelantándose a los transportes fletados, ocupó con su marinería "a sangre y fuego" el puerto de Arica el 7 de junio (Denegri, 1976), y el 17 de ese mes, las tropas del general Gamarra desembarcaron en dicho puerto avanzando luego a Tacna; mientras el general Santa Cruz hizo lo propio en el puerto de Ilo, trasladándose a continuación hacia Moquegua. La artillería se dividió en una batería de cuatro piezas para cada uno de los núcleos de fuerza. Con esta decisión, Santa Cruz había fraccionado a su ejército en dos divisiones independientes, que actuarían aisladas fuera de la distancia de apoyo, incumpliendo el principio de la guerra denominado "Masa" o "Concentración"[10], este error tendría consecuencias fatales en la futura conducción de la campaña.

Recién el 23 de julio las fuerzas peruanas de Santa Cruz y Gamarra iniciaron desplazamiento hacia el Alto Perú, marchando en forma paralela pero separados por decenas de kilómetros. La inacción desde los desembarcos en Arica e Ilo y la lentitud del desplazamiento de ambas fuerzas permitió a los realistas que contaban con un eficiente sistema de inteligencia, realizar los movimientos de tropas requeridos para enfrentar a la amenaza que significaba esta nueva expedición a puertos intermedios. Santa Cruz ocupó La Paz el 8 de agosto y al día siguiente Gamarra hacía lo propio en Viacha. Estos movimientos alarmaron al general Olañeta que se replegó hacia Oruro y luego a Potosí, en su rápido repliegue dejó gran cantidad de armamento, incluidas 22 piezas de artillería y el parque general que fue capturado por Gamarra cuando ingresó a Oruro, con lo

[10] El principio de la guerra de Concentración o Masa consiste en reunir los medios humanos y materiales para el combate en forma sincronizada en el momento y lugar preciso para obtener resultados decisivos en la batalla.

cual se sintió satisfecho y no continuó la persecución de las fuerzas realistas (Vargas, 1982).

Santa Cruz permanecía en La Paz sin una idea clara de las próximas operaciones por realizar, cuando se enteró de la presencia del general Valdez en Puno. Comprendiendo el riesgo que corría la división de Gamarra, salió al encuentro de esta fuerza y el 25 de agosto al mediodía la vanguardia peruana con dos piezas de artillería tomó contacto con las tropas realistas, quienes no querían entablar un combate decisivo y se limitaron a responder el fuego de los patriotas continuando con su repliegue al norte. A fines de la tarde, el general Santa Cruz ordenó simular una retirada general peruana y Valdez cayó en la trampa, dejando las alturas que ocupaba bajando al llano y lanzándose al contrataque en persecución de los peruanos. En ese momento, los escuadrones de húsares peruanos realizaron una violenta carga de flanco contra las tropas realistas ocasionándoles muchas bajas y desorden entre sus filas. Sobre la participación de la artillería peruana en esta batalla, el mayor de artillería Teófilo Iglesias, en su artículo "El poder de la artillería a través de la historia" (1930), menciona: "…impide todo acceso al puente, después preciosamente emplazada a "media loma" hace un fuego repetido y en buena dirección que Santa Cruz califica de matador en todas partes". La caída de la noche no permitió a Gamarra realizar una persecución y Valdez se retiró dejando a los peruanos en el campo de batalla, quienes el 26 se replegaron a su antiguo campamento. Santa Cruz fue informado que el 28 de agosto las tropas de Valdez se habían reunido con las del virrey La Serna, quedando de esa manera entre dos fuegos enemigos y separado de la otra división peruana, decidiendo agruparse con las tropas del general Gamarra y tomar el mando directo de toda la fuerza expedicionaria, cumpliendo su cometido el 8 de septiembre. Una vez reunidas las tropas peruanas fueron perseguidas por la totalidad de las tropas realistas (la división Olañeta se incorporó a las tropas del virrey) en lo que se denominó la "Campaña del Talón", que no consistió en otra cosa que el repliegue general desordenado de las tropas peruanas hacia el puerto de Ilo (Dellepiane, 1977).

En medio del caos reinante entre las fuerzas peruanas, merece especial mención el desempeño del sargento mayor[11] de artillería Manuel

[11] Grado o rango militar equivalente al de mayor en la actualidad.

Lastra, jefe del Parque General del Ejército y de la Compañía Volante de Artillería, que con seis cañones de montaña, el parque general y la maestranza de todo el ejército, recibió en Sicasica la incomprensible orden de vivaquear durante la noche en la aldea de Belem, lejos del grueso de la fuerza peruana (Álvarez y Thomas, 1860), al día siguiente la vanguardia realista se encontraba ya muy cerca y "Santa Cruz se da cuenta de que ha perdido su artillería, la rápida retirada se convierte en desastrosa fuga" (Iglesias, 1930). Nuestra artillería que no había recibido orden alguna, quedó completamente aislada de nuestras fuerzas[12]. El mayor Lastra tomó la decisión de alcanzar a la fuerza expedicionaria, debiendo conducir a sus cañones y al parque que se encontraban acondicionados en aproximadamente 100 mulas, por el inclemente territorio altiplánico del Alto Perú en medio de fuertes nevadas, desplegando mucho esfuerzo y sacrificio, logrando avanzar durante tres días consecutivos lo que le permitió alcanzar el poblado de Viacha, tomando solo descansos para pasar sus alimentos y cuidando su preciada carga. En este punto, el mayor Lastra se adelantó para contactar con el cuartel general y solicitar el apoyo de elementos de caballería para que protejan su reunión con el Ejército. El capitán de artillería Francisco Méndez quedó al mando de la artillería y el parque, por lo que tuvo que enfrentar a elementos adelantados de la caballería realista, ordenando ocupar una pequeña altura en donde entró en batería una sección de dos piezas. Mientras tanto, el resto de sirvientes de pieza, encargados del parque y operarios de la maestranza en campaña, formaron una línea defensiva para enfrentar la carga de la caballería realista, que detuvo su ataque debido al feroz fuego de fusilería y artillería que desencadenaron nuestras fuerzas. Aprovechando la situación de confusión del enemigo y pese a la gran fatiga, los artilleros continuaron su marcha logrando incorporarse al grueso de nuestro Ejército en la madrugada del día siguiente en Tiahuanaco a dos jornadas del Desaguadero (Álvarez y Thomas, 1860).

Luego que el Ejército del Perú cruzara el río Desaguadero y se tomara un día de descanso, el general Santa Cruz ordenó que una fuerza compuesta por tropas de infantería imposibilitados de continuar la

[12] Este error que privó de artillería al Ejército peruano evitó que las fuerzas de Santa Cruz puedan enfrentar a la agotada vanguardia realista en Ayo Ayo.

marcha (heridos y agotados extremos) del valor aproximado de una compañía, reforzados por una sección de cañones (dos piezas) al mando del teniente Manuel Ros, cubran la retirada del Ejército. Esto evitó que los realistas reconstruyan el puente de balsas por donde habían vadeado los peruanos el río el día anterior. La vanguardia enemiga compuesta por una columna de cazadores y un regimiento de caballería, llegaron al punto de pasaje una hora después que partiera el general Santa Cruz y se enfrentó con las tropas peruanas que quedaron con misión de retardo. Estas resistieron heroicamente durante cerca de seis horas, hasta que fue obligada a rendirse debido a la aplastante superioridad numérica; permitiendo de esta manera retrasar la progresión de los realistas y asegurar la retirada peruana hasta el puerto de Ilo (Álvarez y Thomas, 1860).

Operaciones entre 1824-1826

El retraso del pago de haberes y la mala alimentación fueron los motivos por los cuales el 5 de febrero de 1824, las tropas del regimiento argentino Río de la Plata protagonizaron una sublevación en la fortaleza del Real Felipe. Luego de someter al general Rudecindo Alvarado que desempeñaba el cargo de gobernador de la fortaleza y a los jefes y oficiales patriotas, iniciaron negociaciones que no llegaron a buen término por las penurias fiscales por las que pasaba el país. Aprovechándose de esta situación, el coronel realista José Casariego, que se encontraba prisionero en la fortaleza, convenció al sargento Moyano, líder del movimiento, que serían cruelmente castigados si se rendían a los patriotas, en cambio serían indultados por el virrey si entregaban la plaza a los realistas. Moyano liberó a los prisioneros realistas y recibió el grado de coronel, izando la bandera española sobre la fortaleza. Con la plaza en su poder, Casariego informó de lo sucedido al brigadier Rodil que se encontraba en el valle de Ica, quien ordenó que el coronel Isidro Alaix se traslade por mar a la fortaleza y tome el mando de la plaza (Rodríguez, 2012).

Tan pronto tuvo noticia de la recuperación de la fortaleza del Real Felipe, el general Canterac, que se encontraba operando en el centro del

país, ordenó al general Monet que con tres batallones de infantería y seis medios escuadrones de caballería marche sobre el Callao. El 27 de febrero, en el camino a Lima a la altura de Lurín se incorporó a la fuerza el brigadier Rodil. Ese mismo día el general patriota Necochea se vio obligado a retirarse de la ciudad de Lima, acción que fue aprovechada por Monet que entró con sus tropas a la capital del Perú. La mayoría de las familias nobles limeñas, incluido el expresidente José de Torre Tagle, se acogieron al indulto del rey y se refugiaron en el Callao. El general Canterac nombró al brigadier José Rodil como gobernador político y militar de los fuertes del Callao (Rodríguez, 2012).

Rodil desplegó de inmediato gran actividad en el campo militar para organizar la defensa de la plaza fuerte del Callao y una serie de normas administrativas requeridas para ordenar el caos que se había generado. Christian Rodríguez Aldana, en el artículo "Rodil, el Callao y las últimas batallas por la independencia del Perú (1824-1826)" publicado en la revista Documenta de Historia Militar, describe las acciones desplegadas por Rodil para lograr implementar una fuerza naval que apoye a la defensa de la fortaleza desde el mar:

> En el ámbito naval, logró capturar los navíos Balcarce, que después llamó Moyano; Guayas y ex Venganza; incrementó su flota armando una corbeta de 30 cañones denominada Victoria de Ica y puso a la mar a los bergantines Pezuela y Constante. Estos últimos capturaron a los barcos mercantes Jerezana y Clarington, robusteciendo la defensa marítima del Callao (Rodríguez, 2012).

Mientras se sucedían estos acontecimientos en el Callao, el Ejército patriota concentrado a lo largo del Callejón de Huaylas en Huaraz, había iniciado operaciones contra el Ejército del Norte del teniente general Canterac. Para este fin aprovecharon la sublevación del general Olañeta en el Alto Perú y el envío de la división del general Valdez para sofocarla, lo que modificó el equilibrio de fuerzas. Debido a las pérdidas sufridas en las operaciones militares de 1822-23, la artillería peruana solo pudo concurrir a esta campaña con la Compañía de Artillería Volante con seis piezas de montaña de 4 libras. Pero las

dificultades para reemplazar cureñas, bastes y el ganado necesario ocasionaron que solo pueda continuar la marcha de aproximación hacia el enemigo una sección de dos piezas de artillería. En la tarde del 06 de agosto de 1824, las tropas realistas salieron del pueblo de Reyes hacia la pampa de Junín, en tanto solo la caballería patriota con un efectivo de 900 jinetes y la sección de artillería habían llegado a la zona, ya que el grueso de la infantería se encontraba todavía a 10 kilómetros de distancia. Bolívar decide lanzarse al ataque con la caballería para evitar la fuga del Ejército realista, pero al desembocar en la pampa se encuentra con zonas pantanosas que dificultan seriamente el despliegue de sus escuadrones. Canterac se percata del hecho y ordena que su infantería continúe rápidamente la marcha hacia el sur y él con sus 1300 jinetes sale a detener a los patriotas, iniciando una violenta carga de caballería desde dos kilómetros de distancia, aprovechando que el despliegue de los escuadrones patriotas no había culminado. A las 4 de la tarde se produjo el choque y la superioridad numérica de los realistas y el hecho de que el despliegue no había concluido, ocasionó el prematuro repliegue de las fuerzas patriotas. Sin embargo, Canterac había cometido un error, lanzó a la carga la totalidad de sus jinetes, sin mantener elementos de reserva, hecho que fue aprovechado por el 1er Escuadrón del Regimiento Húsares del Perú que se lanzó sobre la retaguardia y el flanco realista, ocasionando tal desorden en sus filas que la persecución se detuvo y toda la caballería patriota se pudo reagrupar y lanzar un violento contrataque obteniendo la victoria. Muchos historiadores manifiestan que en esta batalla no se produjo disparo alguno; sin embargo, quedó registrada la participación de nuestra artillería en el diario El Peruano y en la obra Apuntes sobre la Artillería Peruana, del coronel Álvarez Thomas (1860):

Nuestra artillería concurrió también a la batalla de Junín con una sección de dos cañones a las órdenes del mayor Guerrero[13] (José). Este

[13] El sargento mayor Guerrero era el oficial más antiguo de la compañía de artillería, pero pasó al Estado Mayor del general Gamarra, quedando como comandante de la compañía durante la batalla el sargento mayor Juan Luna, como quedó acreditado en la reproducción de la lista de revista en el diario oficial *El Peruano.*

jefe recibió del Libertador Bolívar señales inequívocas de consideración, por su serenidad en los momentos en que aquel ilustre caudillo creyó, si no perdida, en gran riesgo de suerte la batalla, y por la rápida y acertada colocación con que puso en batería sus dos piezas en aquellas críticas circunstancias.



COMPAÑIA DE ARTILLERIA.

OFICIALES.

Sarjento Mayor Comandante.....D. Juan P. Luna.
Teniente 1.° .....D. Estevan Ortega.
Idem idem.....D. Manuel Otárola.
Sub-Teniente .....D. Juan Rivas.
Idem .....D. Pedro Moscoso.

CLASES.

Sarjentos primeros.
D. Toribio Moreno, grad. de Sub-teniente.
Juan Chavez.
Sarjentos segundos.
Pedro Rivadeneyra
Matias Fernandez.

Cabos primeros.
Pedro Arancibia
Manuel Mendoza.
Cabos segundos.
Andres Duque
Manuel Arroyo.

Pifano.
Eulalio de la Vega.

Tambor.
Tomas Vilches.

ARTILLEROS.

Eujenio Avila
Tiburcio Romero
Manuel Aires
Vicente Huaman
Miguel Araujo
Francisco Banda
Joaquin Vidal
José Ugarte

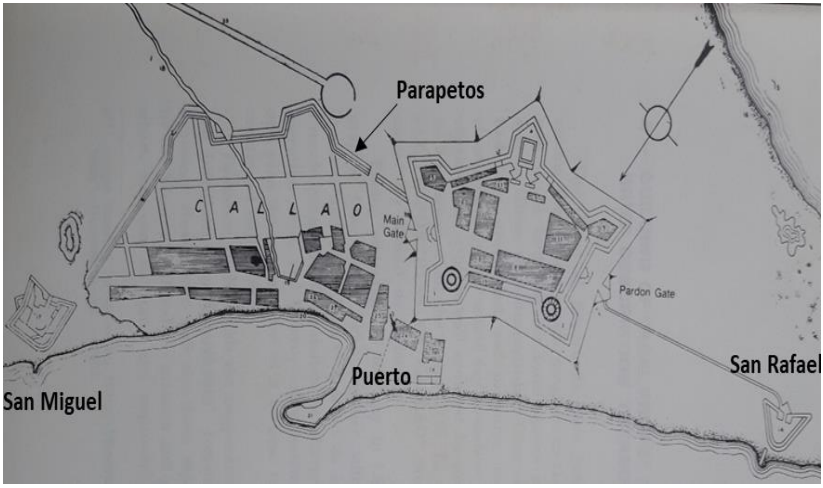
Domingo Ramirez
Isidro Fernandez
Juan Gao
Juan de Dios Acuña
José Masias
Anselmo Castro
Pio Quinto Mori
Carmen Vargas

Cipriano Vargas
Simon Arvildo
Juan Bautista Arvildo
Melchor Vela
Juan José Maldonado
Espiritu Gilca.

Extracto de la relación nominal del personal de oficiales, clases y soldados de la Compañía de Artillería (volante) que concurrió a la batalla de Junín, publicada por orden del ministro de Guerra y Marina en el diario oficial El Peruano el 20 de enero de 1844, casi 20 años después de la batalla, para preservar la relación de combatientes debido al severo deterioro de las originales listas de revista de asistencia a dicha batalla.

Luego de conocida en el Callao la noticia de la victoria patriota en Junín, Rodil aceleró los trabajos de incremento del valor militar del terreno con trincheras, baluartes y emplazamientos de piezas de artillería entre la fortaleza y el norte del Callao, permaneciendo el puerto y su población al interior de todo este sistema defensivo. Las severas carencias de alimentos obligaron a liberar poco a poco parte de la población civil, pero las enfermedades y el hambre ocasionaron más muertes que los

combates mismos. Durante noviembre de 1824, todo hacía pensar que el general Bolívar se lanzaría al asalto de la plaza fuerte, pero solo se limitó a desplegar sus fuerzas frente al Callao a espera de un desenlace final en la sierra central (Rodríguez, 2012).



Mapa de la fortaleza del Real Felipe durante el segundo sitio del Callao, se puede apreciar la línea de parapetos y trincheras que saliendo de la puerta principal del Real Felipe rodeaban a la ciudad del Callao y el puerto hasta el fortín de San Miguel. Croquis tomado del libro Fortaleza del Real Felipe del Callao y Guía del Museo de Historia Militar del general Felipe de la Barra (1966).

El ejército patriota lentamente avanzó hacia el sur después de la batalla de Junín, alcanzando Chalhuanca en Apurímac el 24 de septiembre, en donde acampó y quedó hasta fines de octubre al mando del general José Antonio de Sucre. Esto debido a que el general Simón Bolívar retornó a la capital en busca de fondos para sufragar la llegada de una nueva división colombiana que estaba en camino para reforzar a los patriotas. El virrey La Serna, una vez reunido con las tropas del general Valdez que había enviado al Alto Perú, decidió iniciar campaña para batir a los patriotas vadeando el río Apurímac el 23 de octubre, dando inicio a una serie de marchas y contramarchas tratando de obligar a los patriotas a presentar batalla. El general Sucre, consciente de la superioridad

numérica de las tropas del virrey, maniobró hábilmente tratando de evitar un enfrentamiento decisivo a espera de la llegada de refuerzos desde Lima. Sin embargo, el 3 de diciembre se produce la sorpresa de Corpahuaico en la que la División Vanguardia de los realistas, al mando del general Valdez, sorprende a la retaguardia patriota, ocasionándole serias bajas y la perdida de gran parte del parque y uno de los dos cañones que disponían, pero gracias a la acción decidida del general Miller el grueso del Ejército patriota logra romper el contacto y continuar su marcha. El 9 de diciembre en la mañana ambos ejércitos se encuentran en la pampa de la Quinua, los realistas en las alturas del cerro Condorcunca y los patriotas en las afueras del pueblo de Quinua, el terreno fue muy bien elegido[14], ya que a ambos flancos discurren dos quebradas infranqueables que evitaban que los realistas intenten desbordar o envolver a los patriotas, dejándoles como única opción un ataque frontal con la seria limitación de que el frente de la pampa era muy angosto y dificultaría el despliegue de las fuerzas, agravando la situación de los realistas una pequeña quebrada de profundidad variable cortaba la misma. A la izquierda del dispositivo de Sucre se encontraba la división peruana al mando del mariscal La Mar, al centro la división Lara y en la derecha la división Córdova con la única pieza de artillería patriota (peruana) de 4 libras[15], ubicada en una pequeña elevación y que tendría que enfrentar a las diez piezas de artillería española[16] (Dellepiane, 1977). La batalla se inició con el descenso de la infantería realista desde las alturas del Condorcunca. El general Valdez cargó sobre el ala izquierda patriota e hizo retroceder inicialmente a las fuerzas peruanas de La Mar. La artillería realista descendió del cerro y procedió a entrar en batería con sus piezas, actividad que debido al peso de los cañones tomaba mucho tiempo. En el flanco izquierdo de los realistas se lanzó un precipitado ataque que chocó contra la bien posicionada división Córdoba que rechazó a las fuerzas enemigas causándole muchas bajas. Sucre decidió

---

14 El mariscal Gamarra manifestaba públicamente en cuanta oportunidad se le presentaba, que fue él quien eligió el terreno para la batalla.

15 Este cañón histórico de cuatro libras se encontraba expuesto en el Museo y Biblioteca de la Artillería del cuartel *Santa Catalina*, perdiéndose en el saqueo de las tropas chilenas en la ocupación de Lima en enero de 1881.

16 De las 14 piezas realistas, cuatro quedaron en el camino por falta de mulos de recambio y bastes para reemplazar a los desgastados, producto de los rigores de la campaña.

explotar el éxito y lanzó una parte de la caballería, la que arrollo a los realistas, incluidos dos batallones de refuerzo al mando del mismo general Canterac, que tuvieron que retroceder rápidamente. En el centro, el general Monet fue lanzado al ataque por el virrey, encontrando la pequeña quebrada que cruzaba el campo debiendo descenderla y luego regresar a la pampa, en ese momento el resto de la caballería peruana se lanzó a la carga abatiendo a sus tropas y ocasionado un repliegue general. En la izquierda patriota, luego de que la división peruana fue reforzada por tropas colombianas, se estabilizó el frente y se lanzó un contrataque. Valdez, al ver que el centro y la izquierda realista retrocedían no pudo hacer nada para cambiar el curso de la batalla. El virrey y la mayoría de los generales realistas cayeron prisioneros, lográndose la victoria decisiva para asegurar la libertad del Perú y de la América del Sur (Dellepiane, 1977). La única pieza de artillería del Ejército del Perú que participó de manera extraordinaria estuvo a órdenes del capitán de artillería Manuel Fuentes (Álvarez y Thomas, 1860).

La tensa calma que reinaba en la fortaleza del Real Felipe y alrededores se rompió el 19 de diciembre, cuando se conoció en Lima y Callao el resultado de la batalla de Ayacucho, siendo saludada la victoria por los patriotas con una salva de artillería que anunciaba el fin de la guerra. El 26 de diciembre llegaba al Callao el buque británico Cambridge que traía a bordo comisionados patriotas y realistas para informarle a Rodil que de acuerdo a la Capitulación de Ayacucho tenía que entregar los fuertes del Callao a los patriotas. Rodil se negó rotundamente a reconocer la derrota y retornó al Real Felipe con el convencimiento de que en cualquier momento llegarían refuerzos desde España y mantener a la fortaleza y el puerto del Callao serían vitales para la reconquista del territorio. Por su parte, luego de agotar todas las vías para conseguir la capitulación de Rodil, Bolívar designó al general Bartolomé Salom como comandante en jefe del Ejército Unido de la Costa, y en marzo de 1825 dispuso que la artillería peruana instale en las afueras del pueblo de Bellavista, cerca del Callao, piezas de artillería de sitio para iniciar bombardeos sostenidos sobre las posiciones realistas. En cumplimiento de la orden se trasladaron pesadas piezas navales "después de vencer mil inconvenientes y dificultades" (Álvarez y Thomas, 1860). El 2 de abril, luego de una ceremonia con la participación del general Antonio Valero, jefe de la división patriota y del teniente coronel Manuel Larenas, comandante de la artillería peruana, se iniciaron los fuegos de la primera

batería peruana llamada Bolívar compuesta por 9 cañones de 24 libras, dos de 18 libras y un mortero[17] que batieron el interior de la fortaleza del Real Felipe. En tanto, una nueva batería realista fue instalada fuera de la fortaleza, llamada Moyano, cerca del flanco del fortín de San Miguel[18] (Regal, 1960).



Maqueta expuesta en el Museo del Ejército en la fortaleza del Real Felipe, en la que se puede apreciar la ubicación de las baterías de la artillería peruana durante el segundo sitio del Real Felipe. Foto, los autores.

[17] El coronel Álvarez y Thomas manifiesta que fueron cañones de 24 y 12 libras y el mortero se encontraba desmontado poniéndose operativo gracias al ingenio del teniente Martínez, pieza que causó grandes daños al enemigo. Por su parte, el general Felipe de la Barra coincide con Álvarez en el calibre de los cañones, pero no considera al mortero.

[18] Parte oficial diario firmado por el coronel Francisco Picón, jefe de Estado Mayor de la división, mencionado en *Historia del Real Felipe del Callao* de Alberto Regal (1961).

Transcurridos 15 días desde la inauguración de la primera batería, se instaló una segunda batería llamada Valero con tres cañones de 24 libras reubicados de la Batería Bolívar que inició de inmediato el asedio a la fortaleza. Posteriormente, se instalarían dos baterías adicionales; Libertad y Puller, sumando en total en la fase final del asedio 24 cañones de gran calibre, al que habría que sumar una batería adicional de cañones de montaña de 4 libras de la Brigada de Artillería que se desplazaba por el frente de acuerdo a las necesidades.

El intercambio de fuego fue constante y diario durante los 9 meses que duró el hostigamiento por tierra, hasta el 13 de enero de 1826, cuando se inician negociaciones que terminarían con el arriamiento de la última bandera española en el Perú y la salida el 23 de enero del brigadier José Rodil y los sobrevivientes de su guarnición desfilando a paso redoblado desde la fortaleza hasta el puerto, embarcándose con sus oficiales y la poca tropa española sobreviviente con dirección a la península ibérica. Según el general Dellepiane, los artilleros peruanos dispararon 50,000 proyectiles y los realistas, 81,000, mientras que Enrique Chirinos Soto en su obra Historia de la República (1977) citando al propio Rodil[19] manifiesta que los españoles dispararon más de 74,000 proyectiles de cañón, obús y mortero y más de 34,000 tiros de metralla; por su parte, los patriotas dispararon más de 20,000 balas de grueso calibre, más de 300 bombas y gran cantidad de metralla. Tan pronto se rindieron los fuertes del Callao fue designado como gobernador el general José Ribadeneyra que tuvo la orden de contabilizar y organizar todo el material de artillería capturado. El historiador Félix Denegri Luna en la obra Historia marítima del Perú, tomo IV, volumen 1 (1976) menciona lo descrito por Ribadeneyra en sus memorias:

> Por orden de S.E. el Libertador, mandé a desmontar toda la artillería que cubría el campo de tierra. Se desmontaron 80 cañones

[19] Los datos exactos inscritos en la *Memoria del sitio del Callao* del brigadier José Rodil (1955) indican 74,014 tiros de cañón, obús y mortero; 34,700 de metralla de parte realista, mientras que menciona que recibió 20,317 balas de grueso calibre, 307 bombas e incalculables tiros de metralla.

de bronce; 50 de fierro, de varios calibres; dos morteros y dos obuses reales. Estas piezas quedan colocadas al costado del último almacén de las bóvedas. Las cureñas, montajes y demás útiles de estas armas quedan almacenados, numerados y colocados de modo que, con 300 artilleros, y un oficial inteligente y activo, pueden montarse otra vez que se quiera, en 10 días. Este tiempo lo calculo por el que la tropa gastó en desmontarlas. Toda la parte que mira al mar, y por la misma orden citada, queda montada con 31 cañones de diferentes calibres y dos morteros….

Quedando de esta manera completamente consolidada la independencia del Perú.

Referencias

Álvarez y Thomas, J. (1860). Apuntes sobre la artillería peruana. Lima, Perú: Imprenta tipográfica de Jorge Kugelmann.

Barros, D. (1889). Historia general de Chile, tomos VIII, IX, X y XI. Santiago, Chile: Rafael Jover editor.

Calvo, J. (2010). Artillería de ordenanza en el Ejército y Armada española 1728-1935. Barcelona, España: Fondos del Museo Militar del Castillo de Montjuïc.

Chirinos, E. (1977). Historia de la República: Perú 1821-1978. Lima, Perú: Editorial Andina.

Dellepiane, C. (1977). Historia militar del Perú, tomo I. Lima, Perú: Biblioteca Militar del Oficial del Ejército del Perú.

Delgado de la Flor, M. (1860). Apuntes sobre artillería, extractada de los autores de mayor nota. Lima, Perú: Tipografía de Aurelio Alfaro y compañía.

Denegri, F. (1976). Historia marítima del Perú: La República 1826 a 1851, tomo VI, volumen 1. Lima. Perú: Instituto de Estudios Históricos Marítimos.

De Souza y Francisco, A. (1993). Historia de la artillería: evolución histórica de los materiales de artillería y sus municiones. Madrid, España: estudio del Museo del Ejército de Madrid.

Hidalgo, T., Medina, L., Sánchez, G., y Gálvez, M. (2005). Historia general del Ejército del Perú: Siglo XIX. Lima, Perú: Comisión Permanente de Historia del Ejército.

Iglesias, T. (1930). El poder de la artillería a través de la historia. Lima, Perú: artículo de la Revista Militar del Perú, Imprenta del Ministerio de Guerra.

Luqui-Lagleyze, J. (2006). Por el rey, la fe y la patria: El Ejército realista en el Perú en la independencia sudamericana 1810-1825. Madrid, España: Secretaría Técnica del Ministerio de Defensa de España.

Maldonado, H. y Carcelén, C. (2014). El Ejército realista en el Perú a inicios del siglo XIX. Las nuevas técnicas de artillería e ingeniería y la represión a los alzamientos en Quito y el Alto Perú. Lima, Perú: artículo en versión digital PDF, Universidad Mayor de San Marcos.

Miller, J. (1829). Memorias del general Miller al servicio de la República del Perú, tomo II. Londres, RU: Imprenta de los señores Carlos Wood y hermano.

Ortiz, J. (2013). Cañones peruanos en la Academia Naval de Estados Unidos. Lima, Perú: artículo publicado en revista Derroteros de la Mar del Sur, versión digital.

Oviedo, J. (1865). Colección de leyes, decretos y órdenes publicadas en el Perú desde el año de 1821 hasta el 31 de diciembre de 1859. Lima, Perú: Felipe Bailly editor.

Regal, A. (1961). Historia del Real Felipe del Callao. Callao, Perú: Imprenta del Colegio Militar Leoncio Prado.

Rins, C. y Winter, M. (2002). La Argentina: Una historia para pensar. Buenos Aires, Argentina: Editorial Kapelusz.

Rodríguez, C. (2012). El Callao y las últimas batallas por la independencia del Perú (1824-1826). Lima, Perú: artículo publicado en la revista Documenta de Historia Militar (2012).

Vargas, R. (1984). Historia general del Perú: Emancipación (1816-1825), tomo VI. Lima, Perú: Editorial Milla Batres.

Coronel del arma de Infantería (r) Ejército del Perú, Julio Sebastián Cassaretto Bardales

Magíster en Desarrollo y Defensa Nacional por el Centro de Altos Estudios Nacionales (CAEN). Diplomado en Profesional de Seguridad Física (PSP) por el Centro de Estudios de Seguridad (CES). Es licenciado en Ciencias Militares por la Escuela Militar de Chorrillos. Diplomado en Comando y Estado Mayor por la Escuela Superior de Guerra del Ejército. Se ha desempeñado como comandante en las siguientes unidades: Compañía Comando N° 112, Batallón de Tanques "Uchumayo" N° 211, componente de Inteligencia Conjunta CE-VRAE; jefe del Departamento de Inteligencia Frente Externo del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas. Subdirector de Personal del Ejército. Edecán del presidente de la República, agregado militar del Perú en la Federación Rusa y asesor del Comandante General del Ejército. Ha participado en el Ejercicio Conjunto Combinado de Operaciones de Paz "CABAÑAS-2000" en Córdoba - Argentina. Es autor de libros y artículos especializados en blindados y artillería en el Perú.

Mayor del arma de Artillería Ejército del Perú, Alberto Castro Villa

Magíster de Ciencias Políticas con mención en Relaciones Internacionales de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Licenciado en Ciencias Militares y Bachiller en Historia. Es miembro fundador del Círculo de Investigación Militar del Perú, grupo de investigación del Instituto Riva-Agüero, Centro de Altos Estudios Humanísticos de la misma universidad.

Ha sido docente de las asignaturas de Historia Militar Universal, Historia Militar del Perú, Geopolítica, Historia de la Inteligencia, Historia de la Estrategia Militar, entre otros, además, en los centros de preparación para cursos de capacitación y perfeccionamiento castrenses. Coautor de dos libros institucionales del Ejército del Perú, de uno de la Municipalidad Metropolitana de Lima, seis prólogos históricos y diferentes artículos y ensayos para diferentes revistas de carácter militar y de defensa y ha representado al Ejército como portavoz en celebraciones oficiales y expositor conferencista en una serie de eventos académicos relacionados a los campos ya citados.

Actualmente es alumno de la Maestría de Historia Militar, asesor del Departamento de Historia Militar y docente de la asignatura Historia Militar Universal de los cadetes de I y II año en la Escuela Militar de Cadetes "Gral. José María Córdoba" de Colombia.